

tus noches, el ayuno para proteger tu casa, el salmo para elevar tu alma. Moviliza todos estos bienes para que velen sobre tus más queridos bienes.

De los medios de salvaguardia brevemente enumerados, así encontraremos en otro lugar el desarrollo.

II. El ayuno.

Como lo que Basilio llamaba «la gracia del ayuno» formaba cuerpo con la institución tradicional de la cuaresma, hizo de ello el objeto de una homilía completa (2).

No estés triste cuando vayas a curarte. Es absurdo no regocijarse con la salud del alma y entristecerse por un cambio de alimento y mostrar más apego a los placeres del vientre que a los cuidados de nuestra alma. Pues el placer de comer se relaciona con el cuerpo, como el de ayunar se relaciona con el alma. Alégrate, pues, de que se te dé un remedio por el médico para desembarazarte de tus pecados.

El ayuno es llamado por la lógica providencial de la reparación.

Si hemos sido heridos por el pecado, curémonos por la penitencia. Pero la penitencia sin el ayuno es ineficaz. Has recibido la orden de sufrir, no de gozar. Da satisfacción a Dios por el ayuno. La misma vida del Paraíso es como una especie de ayuno, no solamente porque el hombre vivirá en él a la manera de los ángeles y se les hará semejante contentándose con poco, sino porque estos refinamientos que luego nos acaecerán no pueden todavía imaginarse. No bebáis vino ni comáis animales u otras sustancias que envilezcan el espíritu humano. Por no haber querido ayunar se perdió el Paraíso; ayunemos, pues, para volver a él.

Y no me objetes que tu salud es débil. Dime: ¿no puedes comer, y en cambio puedes cargar tu estómago con alimentos pesados? Sé que los médicos no ordenan a los temperamentos débiles mucha carga de alimentos, sino la abstinencia y la dieta.

¿Si puedes hacer una cosa, por qué pretendes alegar que no puedes hacer la otra? ¿Qué es más fácil para el estómago: pasar la noche con una ligera alimentación o con los vapores de una digestión copiosa? La fuerza vital de que están dotados los animales digiere sin dificultad una alimentación moderada y la asimila al cuerpo; pero en presencia de alimentos numerosos y diversos se incapacita para digerirlos por completo y la absorción no es posible; a esto siguen toda clase de enfermedades.

Esta teología natural y sobrenatural del ayuno se apoya también en la tradición.

El ayuno es un don antiguo y que no envejece ni se pasa, sino que, por el contrario, constantemente se rejuvenece y se renueva. ¿Piensas que voy a decir el origen de la ley (mosaica)? El ayuno es más antiguo que la ley misma. No creas que se remonta al día de abstinencia, que era prescrito en Israel el día 10 del séptimo mes. Remonta a través de la historia hasta sus orígenes. No se trata de una institución reciente, sino de un mandato que heredamos de nuestros padres. Todo lo antiguo es venerable. Respeta los cabellos blancos del ayuno. Contemporáneo de la humanidad, ya existió en el Paraíso.

De esta manera se complace el orador en indicar cómo se transmitió la práctica del ayuno «como una especie de herencia paterna» a través de los patriarcas. «En una palabra, en todos los santos verás que por medio del ayuno emprendieron el camino de Dios». Por esto San Basilio se eleva casi hasta el lirismo para cantar los beneficios del ayuno.

El ayuno hace profetas y fortifica a los fuertes. El ayuno da la sabiduría a los legisladores, es la salvaguardia del alma, el valor de los combatientes y la escuela de los atletas. Rechaza las tentaciones, da la unción de la piedad, es el compañero de la templanza y el agente de la castidad. Enseña el valor en la guerra y la calma en la paz. Santifica al Nazareno y perfecciona al sacerdote, pues sin el ayuno es imposible celebrar las santas ceremonias.

En esta especie de síntesis el orador pasaba ya del plan histórico al plan moral. Y acaba por resbalarse en una transición insensible.

El ayuno extingue el poder del fuego y cierra la boca a los leones. El ayuno manda la plegaria al cielo, dándole a modo de alas para elevarse en las alturas. El ayuno es la bendición de las familias, el padre de la salud, el pedagogo de la juventud, la honra de los ancianos, el buen compañero de los que viajan, la felicidad segura de los esposos. El marido no teme emboscadas en su matrimonio cuando ve que el ayuno es familiar a su esposa. La mujer no engaña cuando ve a su marido ayunar. ¿Quién con el ayuno comprometió su fortuna? Cuenta tus muebles y cuéntalos otra vez luego, y verás cómo a causa del ayuno ninguno faltará de su sitio.

A la par que el alma encuentra su beneficio, el misticismo de Basilio se une a ese realismo que fue en todo tiempo tradicional en la filosofía griega.

Los mismos cobradores de impuestos dejan algún descanso a sus subordinados. Dé tu vientre descanso a tu boca; que trabaje con nosotros una entrega de cinco días (3), ya que no cesa nunca de reclamar y olvida al día siguiente lo que se le ha hecho el día antes. Cuando está lleno se mete en especulaciones sobre la abstinencia, pero cuando se desinfla olvida todas esas doctrinas. Además el ayuno es una fuente de alegría. La sed hace agradable la bebida y el hambre hace encontrar placer en la mesa; de este modo el ayuno sazona los alimentos. Interponiéndose para detener la continuidad del juicio, éste lo hará creer más dulce. Si quieres, pues, prepararte una mesa apetitosa, entrégate al ayuno. Al contrario, por abandonarte a las delicias, acabas sin querer por hacértelas insípidas, y por amor al placer pierdes el placer mismo.

El ayuno es igualmente útil para la salud. Con el mucho alimento y la buena carne se prepara la catástrofe y la naturaleza acaba por sucumbir por no poder aguantar tanta gordura. Tú que desdeñas el agua, guárdate de codiciar un día una gota al ejemplo del mal rico. Nadie se ha emborrachado nunca por beber agua ni haber tomado por ella jaqueca. Nadie por beber agua ha tenido necesidad de los pies de otro; nunca por ella se hincharon las piernas y se agarrotaron los dedos. La indigestión, inevitable compañera de las delicias, por el contrario acarrea al cuerpo graves enfermedades. El que ayuna tiene un aspecto digno; los trazos de su rostro no están enrojecidos con un tinte rojizo indecente, sino

dotados de una modesta palidez. Su mirada es apacible, su marcha reposada, su rostro circunspecto; no se abandona a un loco reír y su palabra es mesurada y puro su corazón.

Claro está que estas consideraciones de estética o de higiene no impiden al obispo de Cesarea recordar que el ayuno abre las puertas del cielo y asemeja el hombre a los ángeles, pero a condición de que el ayuno corporal se acompañe del ayuno espiritual.

No reduzcas el ayuno a la sola abstinencia de alimento. El verdadero ayuno consiste en alejarse del pecado. “Barre todo motivo de iniquidad”, perdona a tu prójimo el mal que te ha hecho y págale sus deudas. No comes alimentos, pero devoras a tu hermano. Te privas del vino, pero no te abstienes de injuriar. Desgraciados los que están borrachos sin estar borrachos de vino. La cólera es una borrachera; la misma tristeza también lo es; el miedo es otra cuando se produce sin motivo. En una palabra, toda pasión que hace perder al alma su equilibrio puede ser justamente llamada borrachera. Huye de esta borrachera como puedes huir de la que produce el vino.

Practicando así el ayuno produce por consecuencia una mejora de la vida social.

El ayuno es el ornamento de la ciudad y la salvaguardia de las autoridades. ¿Quieres conocer su importancia? Compara la fiesta de ayer con la de hoy y verás que la ciudad ha pasado de una tumultuosa tempestad a una gran tranquilidad. Pudiera la jornada de hoy parecerse a la de ayer en solemnidad, y la de ayer a la de hoy en alegría.

Tomado en sentido tan amplio el ayuno era sinónimo de ascetismo y la Cuaresma significaba un esfuerzo de las almas para realizar una aproximación menos imperfecta al ideal cristiano. A este régimen normal habría que añadir el que la Iglesia imponía a los pecadores. Las llamadas espístolas canónicas de San Basilio determinan la pena a ciertos delitos particularmente graves o escandalosos y hablan de la penitencia pública como de una institución en pleno desarrollo. Hay casos de penitencia de cuatro, diez y hasta

veinte años. El obispo de Cesarea distribuye los penitentes en cuatro categorías: los que lloraban a la puerta de la iglesia; los que escuchaban como los catecúmenos; los que se prosternaban ante los misterios en esta actitud de humillación y, por último, los que podían asistir de pie, pero sin recibir los sacramentos (4). Según la falta, el estado en estas penitencias es más o menos largo. Pero Basilio no nos da cuenta de los ejercicios de que cada uno constaba. Esto nos sirve para recordarnos que la Iglesia no quería por aquel entonces dejar prescribir el espíritu de su primitiva severidad.

III. La plegaria

A la mortificación que aparta al alma del mundo y de sí misma, se une la plegaria que la aproxima a Dios.

La plegaria es la petición hecha a Dios por un alma piadosa. Pero no hay que limitar la petición a las personas. Dios no tiene, en efecto, necesidad de que se le dirija una petición; él sabe muy bien, aunque no le pidamos nada, lo que nos es útil. La plegaria no consiste, pues, en formularla, sino que consiste mejor en las intenciones del alma y en una conducta virtuosa, extendida a toda la vida. Así en la mesa reza; al coger tu pan da gracias a quien te lo da; sosteniendo con un poco de vino la debilidad de tu cuerpo, acuérdate de quien te otorga el favor de fortalecer tu corazón y alejar las enfermedades. ¿Ha pasado la necesidad de comer? Cuida de que a pesar de ello no pase el recuerdo de tu bienhechor. Agradece a quien te la da cuando con tu túnica te cubras; cuando te pongas la capa recuerda a quien nos proporciona vestiduras apropiadas para el verano y para el invierno, para proteger nuestra vida y para tapar nuestra vergüenza. Si termina el día da gracias a quien te ha dado la luz del sol para que puedas atender a tus trabajos y nos proporciona el fuego para alumbrar la noche y satisfacer nuestras necesidades.

La noche te proporcionará otros motivos de rezo. Al mirar al cielo y contemplar la belleza de los astros, reza al señor supremo del universo que ha hecho todas las cosas con tanta sabiduría. Cuando toda la naturaleza duerma, adora todavía al que nos alivia, a pesar nuestro, mediante el sueño, de la fatiga para darnos con el reposo el vigor de nuestras fuerzas.

La noche no debe ser entregada al sueño solamente para hacer inútil la mitad de nuestra vida... Parte, por el contrario, la noche entre el sueño y la plegaria; que tu mismo sueño sea un ejercicio de piedad. A menudo, las imágenes del sueño son como residuos del recuerdo de la jornada. De modo que tales como sean nuestras ocupaciones, tales serán nuestros sueños. Así tú rezarás sin descanso si tu rezo no se compone sólo de fórmulas, y si, por el contrario, estás unido a Dios por todo el curso de tu existencia, con lo que harás de tu vida una sola plegaria continuada (5).

No es menos recomendable la salmodia litúrgica.

Este libro (el de los Salmos) combate, en tanto que sea posible, las pasiones que amenazan al hombre, y lo hace con una dulzura persuasiva que inspira buenos sentimientos. En efecto, el Espíritu Santo, al notar que los hombres se mostraban reacios a la virtud y se apartaban del camino recto, unió a la doctrina el encanto de la melodía para que el placer del oído nos hiciera escuchar sin titubeo los consejos útiles del discurso, a manera de los médicos, que antes de dar a los enfermos una poción amarga llenan la copa de miel. Así, los cantos armoniosos de los Salmos han sido imaginados para que los que son niños por la edad o jóvenes por la conducta, cuando en apariencia estén cantando, instruyan en realidad sus almas. En efecto, puede suceder que alguno que haya estado poco atento en la iglesia, al salir no retenga en la memoria los preceptos de los Apóstoles, mientras que los versículos de los Salmos son murmurados en casa y aun llevados a la calle.

Alguno que esté enfurecido ve desaparecer su cólera por el efecto de la melodía. El salmo es la tranquilidad de las almas y el agente de paz... ¿Cómo podrá tenerse por enemigo a un hombre en compañía del cual se ha loado a Dios? La salmodia aparta a los demonios y obtiene la protección de los ángeles... Inicia a los principiantes, desarrolla el progreso de los iniciados y consolida a los perfectos. Es la voz de la Iglesia en el regocijo de sus solemnidades. La salmodia es una obra angélica, un incentivo espiritual. ¡Oh la admirable invención que nos hace a la vez cantar y aprender, que imprime de esta manera en nuestras almas preceptos divinos! (6).

Pero para que los salmos produzcan todos sus frutos es preciso que procedan de labios puros.

Pronunciar de palabra el salmo no es cantar al Señor. Los que salmodian con puro corazón y poseen la justicia, son los que pueden ofrecer a Dios la armonía de un canto espiritual. ¡Qué de fornicantes y ladrones aquí! ¡Cuántos que encierran en su corazón la mentira y la astucia! Esos creen salmodiar, pero en realidad no lo hacen. Sólo el alma santa está invitada al honor de la loa a Dios (7).

La decencia y la atención no son menos necesarias... Parece que ya los fieles de Cesarea tuvieron necesidad de que les fuera recordado el deber de la buena compostura en la iglesia (8). En general, el obispo dirigía mayores elogios a la asiduidad a los oficios o a las predicaciones. Homenaje, sin duda, al celo del pastor, pero prueba también del bien que recibe el alma cristiana por los ritos de la Iglesia.

NOTAS

- (1) *Hom.* XIII. -P. G., t. XXXI; col. 423-444.
- (2) *Hom.* I. -P. G., t. XXXI; col. 163-185.
- (3) Como no se ayunaba en la Iglesia griega ni los sábados ni los domingos, el ayuno de Cuaresma se reducía a cinco días por semana.
- (4) *Espíst.* CLXXXVIII, CXCIX y sobre todo CCXVIII.
- (5) *Hom.* V, 3-4. -P. G., t. XXXI; col. 244-245.
- (6) *Hom. in Ps.* I, 1-2. -P. G., t. XXIX; col. 212 y 213.
- (7) *Hom. in Ps.* XXIX, 3; *ibíd.*, col. 312.
- (8) *Hom. in Ps.* XXVIII, 7; *ibíd.*, col. 301 y 304.

TERCERA PARTE

MORAL SOCIAL

CAPITULO I

La familia y la ciudad

Hoy día no se concibe una moral sin una larga exposición de principios y deberes relativos a las diversas agrupaciones sociales. Pero, por el contrario, San Basilio casi no nos habla de ello. Algunas alusiones esparcidas por sus discursos prueban, no obstante, que tenía presente en su espíritu las grandes leyes de la moral cristiana sobre la familia y la ciudad.

I. Sociedad familiar

En el curso de sus homilías sobre el Hexameron, Basilio encuentra en ejemplos de algunos animales la ocasión de dar algunas buenas lecciones sobre los deberes matrimoniales.

“Amad a vuestras mujeres, hombres”. Erais extraños el uno para el otro; pero estáis unidos por la sociedad matrimonial. Este lazo de naturaleza, este yugo que se os ha impuesto por la bendi-

ción (nupcial), es el punto de unión que salva la distancia entre vuestros seres. La víbora, que es la más dañina de todas las serpientes, se une en casamiento con la morena de mar.

Le anuncia su presencia por un silbido y le hace así salir del fondo de las aguas para el acto nupcial. Este obedece y se une a la bestia venenosa. ¿Qué nos dice esto? Que cuando se tiene un marido duro y de costumbres salvajes la esposa debe soportarle y no aceptar bajo ningún pretexto la ruptura del lazo. ¿Es brutal? Pero es tu esposo. ¿Se emborracha? Pero tiene contigo un lazo de naturaleza. ¿Es violento e irascible? Pero es uno de tus miembros y de todos el más querido.

Pero que el hombre tome también lección de este ejemplo. La víbora vomita su veneno por respeto al matrimonio. ¿No renunciarás a tu humor duro e inhumano por respeto a tu matrimonio? El ejemplo de la víbora puede todavía servirnos de otra manera. Es una especie de adulterio natural esta unión de víbora con el pez. De aquí pueden aprender los que atienden al hogar de otros y que por ellos se asemejan al reptil. No tengo otro blanco que el de defender la Iglesia por todos los medios. ¡Ojalá pudiera corregir la pasión de los incontinentes la doble elección de los animales de la tierra y el mar! (1)

¿Es preciso decir que esta lección no era siempre escuchada? Las epístolas canónicas de San Basilio vendrían a castigar por todos los medios posibles la falta contra las leyes matrimoniales. Defendió la indisolubilidad.

Los preceptos del Señor, que no admite la separación del matrimonio si no es en caso de adulterio, mira lo mismo a los hombres que a las mujeres. Sin embargo, la costumbre ha cambiado, las cosas y las mujeres son más maltratadas... La costumbre quiere que las mujeres permanezcan con sus maridos, aunque hayan cometido éstos impurezas o adulterios... Muchas veces, después de haber sido maltratada, es preferible sufrir los malos tratos de su marido que separarse. La disipación que el marido hace de sus bienes no es un motivo legítimo del divorcio. En fin, no hay ninguna constitución eclesiástica que permita separar a una mujer de un marido descarriado y está obligada a permanecer junto a él aunque le haya sido infiel, por la esperanza de convertirle (2).

Basilio nos habla algo del caso de la poligamia, pues la legislación penitenciaria de la época no le ofrecía antecedente alguno (3). Una antigua tradición le hacía juzgar muy severamente la tercera nupcia (4) y apenas consentía en la segunda. Recomienda a las mujeres «el honor de la viudez» (5).

Su correspondencia hace a menudo alusión a la institución de «las viudas» que buscaban un consuelo por la pérdida de la familia volviendo a la Iglesia con obras de asistencia y de piedad.

A los niños nuestro moralista les da como modelo la conducta de las cigüeñas, que se toman el piadoso deber de ayudar a los viejos padres y sostener su vuelo debilitado. «Nadie está tan despojado de sentido moral para no juzgar digno de vergüenza a los que fueran inferiores en virtud a los pájaros sin razón» (6). Pero insiste más todavía sobre el deber de los padres con respecto a los hijos; esto no era inútil en una época en que la exposición a la muerte de los recién nacidos era de uso corriente y hasta recomendada por los filósofos.

El águila es extremadamente injusta en la educación de su prole. De dos pequeños que rompen el cascarón tira uno al suelo y lo atonta con grandes golpes de sus alas; el otro solamente es mirado como hijo suyo. La dificultad de alimentarles le hace repudiar a su prole... Tales son los padres que, bajo pretexto de pobreza, echan a sus hijos o se muestran injustos hacia ellos en el reparto de su patrimonio. Lo mismo que le han dado el ser a cada uno, la justicia pide que les proporcione con perfecta igualdad los medios de vida (7).

No hay que olvidar que estas doctrinas que nos parecen actualmente elementales fueron una de las más grandes revoluciones del cristianismo contra el paganismo. Por esto esta deuda doble de los padres y de los hijos es presentada por nuestro moralista como un caso de ley natural.

Niños, amad a vuestros padres. Y “vosotros, padres, no enfadéis a vuestros hijos”. ¿No es la naturaleza quien manda todo esto? Pablo no nos dice nada de nuevo: solamente nos recuerda los lazos de naturaleza. Si la leona quiere a sus pequeños y el lobo lucha por sus lobatos, ¿qué se dirá del hombre que no obedece a

este mandato y viola el orden mismo de la naturaleza, sea porque el hijo deshonorra la ancianidad de su padre, sea que un segundo matrimonio haga olvidar al padre a sus primeros hijos? (8).

Por encima de la vida común de los esposos, Basilio pone el estado de las vírgenes que «voluntariamente se entregan al servicio de Dios renunciando al matrimonio para vivir más sensatamente». Se place en hacer constar que, a medida «que la Iglesia se fortifica, el número de vírgenes aumenta notablemente» (9). Este aumento parece a algunos una especie de amenaza contra la vida familiar y se sabe que San Jerónimo tuvo que emprender contra Helvirio la apología de la virginidad. Las vírgenes no parecen haber encontrado otro enemigo más que su propia debilidad y contra ésta el obispo de Cesarea enérgicamente se obstina en prevenirlas.

II. Sociedad política

Extendiendo nuestras relaciones la vida social multiplica y complica nuestros deberes. Aquí más que en otro sitio la moral de Basilio sólo se presenta a grandes rasgos. Cuando se le ve hacer consideraciones como éstas: «Sea tu ayuno para los servidores que te sirven todo el año un descanso a sus incesantes fatigas» (10), se adivina cuál sería su actitud en presencia de ciertos problemas modernos; pero el obispo de Cesarea nunca se ha explicado lo suficiente sobre estos puntos delicados. Ha llevado más a menudo su atención sobre las cosas de la vida política.

«Algunos definen la ciudad como una asociación estable administrativa según la ley» (11). Las sociedades animales nos ponen ante los ojos los diversos elementos de esto. He aquí un ejemplo de solidaridad social.

Los murciélagos llevan en su naturaleza el amor mutuo. Se les ve suspenderse en forma de cadena, sujetando el uno al otro. En los hombres no se llega a obtener fácilmente nada parecido. Pues a menudo prefieren un individualismo egoísta a la solidaridad de la vida en común (12).

Es preciso que esta vida común esté bien reglamentada: los peces pueden servirnos de modelo para la organización que dicta el instinto.

¿Por qué cada especie, al ser puesta en la región que le conviene, se guarda de invadir las otras y permanece en sus fronteras? Ningún geométra ha distribuido entre ellas las habitaciones; no son rodeadas de murallas ni limitadas con señales, y cada uno ha recibido automáticamente lo que le es útil. Este golfo nutre ciertas tribus; en otros, tal especie que abunda aquí falta en ellos completamente. No hay montaña alguna en los lugares que los separan, ni ningún río sirve con su curso de límite: una ley natural asegura a todos un reparto equitativo, según las conveniencias de cada uno. Nosotros no hacemos lo mismo al desbordar los límites inmemoriales establecidos por nuestros padres, y a diario recorremos los terrenos para añadir casa a casa y campo a campo, para apoderarnos de cualquier bien del prójimo.

Los grandes cetáceos conocen también el régimen que les está destinado por la naturaleza; tienen su mansión en un mar alejado de todas las playas habitadas, desprovisto de islas y al que no rodea continente alguno... Allí viven estos monstruos, grandes como montañas... Viven en las fronteras que les son propias, sin llegar nunca a infestar las islas o las ciudades del litoral. Así, cada especie permanece en las regiones del mar que les son atribuidas como otras tantas villas o primitivas patrias. Sin embargo, algunos peces son emigradores: como mandados por un mandato común a país extranjero, parten todos a una señal dada. Cuando ha llegado el tiempo del desove, sale cada uno de su refugio e, impulsados por una ley común de la naturaleza, se dirigen a los mares de Occidente (13).

En otras especies se encuentra un principio de autoridad, modelo más directo de nuestras sociedades humanas.

Algunos animales tienen el sentido político si lo propio de la política es orientar hacia un fin común las energías individuales. Así sucede con las abejas. Viven juntas, vuelan juntas y su trabajo es común. Lo que es más admirable es que trabajan bajo la dirección de un rey o especie de encargado, y nunca se reúnen para el

vuelo antes de haber visto al rey ponerse a la cabeza. El rey, en ellas, no es elegido, pues a menudo sucede que el pueblo, por falta de juicio, da el poder al peor. No se confía, pues, a la suerte, porque los azares de la suerte son ciegos y dan más de una vez la preferencia al último de todos. No se apoderan del trono por derecho de sucesión, pues las delicias y la molicie hacen a menudo a los reyes hereditarios ignorantes e incapaces de toda virtud. Su supremacía procede de la naturaleza, en razón de su talla eminente, de su forma y de la dulzura de sus costumbres. El rey tiene un aguijón; pero no se sirve de él para la venganza. Es una ley natural no escrita que los poseedores del soberano poder estén poco acondicionados para el castigo. Las abejas que no imitaran el ejemplo del rey pronto se arrepienten de su imprudencia, porque no tardan en morir bajo los golpes de su dardo (14).

Esbozado así, a propósito de las abejas, el ideal del buen soberano es precisado en términos muy felices por oposición al tirano.

Si su poder es legítimo, las órdenes de un rey verdaderamente digno de este nombre contienen, evidentemente, el derecho porque tienden al bien común y no a una ventaja particular. Existe una diferencia entre un tirano y un rey, y es que uno persigue, ante todo, su interés personal, mientras que el otro busca la utilidad de sus sometidos (15).

A este deber político se añade la obligación de una vida personal ejemplar. Basilio recuerda a los grandes de la tierra su responsabilidad, pues «los soldados se asemejan de ordinario a sus oficiales, y el pueblo, en las ciudades, se modela según la conducta de sus jefes» (16). San Gregorio atestigua que esto fue una de sus más constantes preocupaciones. «Para un simple particular —pensaba él— es una virtud el evitar un mal o el ratificar un bien cualquiera. Pero para un superior y un jefe es un mal el no cuidarse de los otros, el no mejorarlos de día en día, el no igualar su virtud al honor de su empleo» (17).

III. Sociedad eclesiástica

Sobre el estado, en donde se absorbía el pensamiento antiguo, la fe cristiana descubre la sociedad espiritual de las almas. San Basilio empleó todo su poder en hacer a la esposa de Cristo más digna de su vocación. Pero esta preocupación, que llenó por completo su episcopado, sólo ha dejado trazos en su correspondencia en la forma de medidas administrativas o disciplinarias requeridas por los asuntos en curso. Aunque preciosas para el historiador, estas cartas no ofrecen para el moralista el mismo interés. Algunos trazos bastarán para mostrar lo que Basilio esperaba de la Iglesia y de sus representantes.

«Antaño no se recibía a un ministro sino después de haberle probado largo tiempo; se hacía un examen riguroso de su vida pasada; se tomaban datos de que no era borracho ni querelloso y había permanecido regular y prudente en su juventud y poseía las cualidades necesarias para admitir la santidad, sin la cual es imposible ver a Dios» (18). Basilio escribía a sus subordinados para restablecer estas sabias reglas, cuyo olvido tenía por resultado atestar la Iglesia de ministros sin dignidad. Celosos de mantener sus clérigos en el espíritu de su vocación, los pone en guardia contra el espíritu de división y de partido; para proteger su virtud reprueba la práctica de las «hermanas adoptivas» y no quiere que los curas tengan mujeres en sus casas. Sin embargo, los desacatos no debían ser raros en la clerecía: la pena de deposición estaba prevista en los cánones penitenciarios para las faltas de los curas diáconos u otros clérigos inferiores.

El episcopado tenía también mucha importancia. Desgraciadamente, las elecciones eran objeto de intrigas de todas clases. Basilio no descuida la ocasión de recordar a los electores su deber; pero prefería mejor proveer por sí mismo los cargos de su jurisdicción. Por esto dio a su hermano Gregorio el obispado de Nisa y a su amigo Gregorio de Nacianzo el puesto ingrato de Sasima. Su preocupación era llevar al episcopado hombres de fe y de virtud, de prudencia y de desinterés. Estas cualidades raramente se darían reunidas, porque el metropolitano prefería no multiplicar los solios a falta de buenos candidatos (19).

En efecto, las condiciones de la Iglesia de Oriente en esta época eran difíciles. Los arrianos, oficialmente sostenidos por el poder,

intrigaban por introducirse en los puestos vacantes, y cuando no podían conseguirlo se vengaban infligiendo a los católicos las peores vejaciones. Y, por añadidura, el cisma de Antíoco dividía a su vez a los mismos ortodoxos. Continuamente atormentó a Basilio el deseo de restablecer la paz de las Iglesias. Si no triunfó enteramente, sus esfuerzos no dejan de atestiguar su generosa pasión por la unidad.

Otras dificultades procedían del poder civil, siempre dispuesto a inmiscuirse en los asuntos religiosos. Basilio sabía mostrarse deferente con los funcionarios imperiales; pero reclamaba de ellos con energía el respeto a la inmunidad eclesiástica. Cuando la fe entraba en juego, nada podía decidirle a un compromiso, y su firmeza impuso al propio emperador. Tales ejemplos hacían más que todas las teorías para afirmar la independencia de la Iglesia respecto al Estado.

NOTAS

- (1) *Hexam.*, VII, 5-6. -P. G., t. XXIX: col. 160.
- (2) *Epíst.*, CLXXXVII, can. 9. -P. G., t. XXXII: col. 677.
- (3) *Epíst.*, CXVII, can. 80. *Ibid.*, col. 805.
- (4) *Epíst.*, CLXXXVIII, can. 4: "Se da a este comercio el nombre de poligamia o de fornicación menos grosera, mejor que el de matrimonio legítimo".
- (5) *Hexam.*, VIII, 6.
- (6) *Ibid.*, 5; col. 176.
- (7) *Ibid.*, 6; col. 177 y 180.
- (8) *Hexam.* IX, 4; *ibid.*, col. 196-197.
- (9) *Epíst.* CXCIX, can. 18. -P. G., t. XXXII: col. 717.
- (10) *Hom.* I, 7.
- (11) *Hom. in Ps.* XLV, 4.
- (12) *Hexam.*, VIII, 7; *ibid.*, col. 181.
- (13) *Hexam.*, VII, 3-4; *ibid.*, col. 156-157.
- (14) *Hexam.*, VIII, 4.
- (15) *Hom.*, XII, 2.
- (16) *Hom. in Ps.* I, 6.
- (17) Greg. Naz., *In Basil.*, 38.
- (18) *Epíst.* XIV. -P. G., t. XXXII: col. 400.
- (19) *Epíst.* CXC: col. 697. La carta III condena la práctica simoníaca de recibir dinero por las ordenaciones.

CAPITULO II

Riqueza y pobreza

*Siempre vivo y palpitante en las diversas épocas de la historia el problema de la riqueza y de la pobreza, gravitaba de una manera particularmente aguda y dolorosa en aquella civilización de la época imperial, en la que más que nunca se expresaba el contraste de los extremos. Mientras una oligarquía de privilegiados poseía las grandes fortunas, la masa permanecía en el mayor pauperismo. El cristianismo había cambiado las creencias sin haber podido modificar suficientemente las costumbres. Por eso los doctores cristianos tenían que hacer las más enérgicas advertencias, y el *Vae vobis divitibus* del Evangelio resonaba a menudo en aquellos labios con un vigor que daba a sus homilías una singular actualidad. Sin tratar de numerosos obiter dicta, San Basilio tiene dos instrucciones completas sobre la riqueza (1). Sus instrucciones son más patéticas que didácticas, y este «orden disperso» en que se complace el autor nos veda con exceso seguirlo paso a paso. Algunos extractos de estos temas mostrarán con qué espíritu afrontaba este punto capital.*

I. Principios generales

Igualmente extraño a las preocupaciones sabias de un economista y a las inventivas apasionadas de un tribuno, el obispo de Cesarea no tiene nunca otro papel que el de moralista. Sólo aprecia

la riqueza referente al alma. Tomándolo como un hecho, y sin entretenerse en discutir el nombre, muestra en ella un don de Dios que impone graves responsabilidades.

Tenemos un ejemplo de desgracia, en el sentido de la prosperidad, en el rico del Evangelio que tenía muchas riquezas y quería otras todavía. Dios no lo ha condenado primeramente por su ingratitud; a sus primeras riquezas, por el contrario, le ha sumado otras muchas para ver si a fuerza de generosidad podía inclinar su alma a la generosidad y a la dulzura... Y ¿cómo se manifestó nuestro hombre? Con el humor duro y mezquino de un misántropo. Así contestaba a su bienhechor. Obligado por la naturaleza que a todos nos es común, ni soñaba siquiera que debía distribuir entre los indigentes lo que a él era superfluo. Sus graneros, demasiado pequeños, reventaban por la abundancia de trigo, y su corazón ávido no estaba todavía lleno.

A fuerza de aumentar nuevas provisiones a las antiguas y aumentar todos los años su renta, llega al atolladero de no saber, por avaricia, desprenderse de los bienes anteriormente adquiridos, sin poder dar cabida a la abundancia de los nuevos. Y esto lo tenía confundido. “¿Qué voy a hacer?” —se preguntaba. Se quejaba de su opulencia, que era una desgracia por lo que tenía y más desgracia todavía por lo que iba a tener; y lo que su tierra le reporta no son rentas; sino suspiros; no son frutos lo que ella le da en abundancia, sino zozobras, penas y una terrible ansiedad. Y se lamenta como los pobres... Su espíritu está torturado y corroído por la inquietud. Lo que contenta a los demás causa tormento al avaro. En efecto; él no goza con ver sus cofres llenos, sino que se aflige de ver a su riqueza escapársele y a sus graneros insuficientes, con miedo de que una pequeña parte se derrame y sirva de consuelo a los indigentes. Vicio semejante al de los glotones, que prefieren reventar de indigestión antes que dar a los pobres los restos de una comida.

Reconoce, ¡oh hombre!, a aquel que todo te lo ha dado. Conócete a ti mismo y recuerda lo que tú eres, lo que tú administras, de quién lo has recibido por haber sido preferido a otros. Tú te has convertido en servidor del Dios bueno, en administrador de tus hermanos pobres. Guárdate de creer que todas las cosas han sido preparadas para el regalo de tu vientre. Mira lo que tienes en

las manos como un bien extraño. Estos bienes te encantan por un momento, pero en seguida se extinguen y desvanecen, y, sin embargo, de ellos se te pedirá cuenta exacta. ¿Qué he de hacer? Debe decirse: saciaré a los pobres, abriré mis graneros y llamaré a todos los indigentes. Yo imitaré de José el filantrópico mensaje y proferiré el grito magnánimo: Venid a mí, vosotros los que no tenéis pan; de la gracia que Dios me ha dado tendréis cada uno vuestra parte como de una fuente pública. Tú no obras de este modo. ¿Por qué? Porque envidias a los hombres el goce de tus bienes (1).

En este llamamiento a la conciencia del rico se advierte un principio subyacente de la misión social de la riqueza. Basilio lleva un poco más lejos su postulado.

“Si las riquezas afluyen hacia vosotros, no ligar a ellas vuestro corazón”. ¿Puedes retener a la ola y cerrarle las salidas? Cuando llegue la fortuna, ¿podrás estancarla y acumularla? Rompe los diques; la corriente se desborda por haber sido contenida. Demuele los graneros de los ricos y arrasará sus bodegas como lo haría una invasión de enemigos... ¿Construye grandes edificios? No sabe si podrá dejarlos a sus herederos, pues él mismo puede desaparecer antes de haber realizado los planes concebidos por su avaricia. Y el rico habrá tenido el fin que merecía por sus intenciones perversas. Pero vosotros creedme a mí y abrid de par en par las puertas de vuestros graneros para poner a los cuatro vientos salidas sin obstáculos... Lo mismo que un gran río fertiliza la tierra cuando es distribuido por numerosos canales, abrid a vuestras riquezas los caminos diversos que las conducen a la morada de los pobres... La riqueza estancada es inútil; pero se hace fecunda cuando es puesta en circulación y movimiento.

De todos modos, la riqueza le parece a Basilio una carga providencial impuesta a algunos para el mayor provecho de todos.

II. Responsabilidad del rico

Sin embargo, nadie se engañe. Más que de un ideal simplemente facultativo, trátase aquí de un deber imperioso. Así, nuestro

moralista se hace severo y amenazador para los ricos malos, que no ven en la fortuna más que un medio de procurarse satisfacciones egoístas.

¿Cuáles son las palabras del rico? “¡Oh alma mía! Tienes muchos bienes a tu disposición; come, bebe, diviértete mucho todos los días”. ¡Oh locura! Si tienes alma de cerdo, ¿de qué otra manera podrías hablarle? ¿Estás embrutecido hasta tal punto, hasta tal punto ignorante de los bienes espirituales, que no puedes pensar sino en la alimentación carnal y que destinas a tu alma lo que acaba en las letrinas? Si posee la virtud; si está llena de buenas obras; si está próxima a Dios, es cuando tu alma tiene numerosos bienes y cuando puede regocijarse con una bella alegría espiritual. Pero desde el momento que tus pensamientos son terrestres; que tomas por Dios a tu vientre; que por entero eres esclavo de tus pasiones carnales, escucha la calificación que te pertenece y que no te ha dado un hombre, sino el mismo Dios: “Insensato, esta misma noche se te pedirá tu alma, y todos los bienes que has almacenado ¿para quién serán?” (*Luc. XII, 20*). Esta burla es peor que los castigos eternos.

En efecto; ¿qué piensas tú, que en un momento has de desaparecer? “Demolería mis graneros y construiría otros mayores”. Haces bien, te diría yo a mi vez. Sólo merecen ser demolidos tus graneros de iniquidad. Destruye con tus propias manos todo cuanto has construido con malos propósitos. Destruye esos depósitos que nunca sirvieron para dar a nadie socorro. Arruina esa casa defensora de tu avaricia; hunde sus techos; haz derribar sus muros; descubre al sol ese trigo enmohecido; haz salir de su encierro esa riqueza cautiva; descubre en el gran día los antros tenebrosos de tu fortuna. “Demoleré mis graneros y construiré otros mayores”. Y cuando estén llenos, ¿qué harás? Los destruirás también para reconstruirlos todavía. ¿Hay algo más insensato que sufrir sin causa, construir con diligencia para en seguida destruir? Si quieres, haz tus graneros en la casa de los pobres... Y con ello acumularás un tesoro en el cielo.

... ¡Cuánto debieras agradecer a tu bienhechor! ¡Qué feliz y orgulloso debieras mostrarte del honor que se te ha hecho, pues no tienes que golpear la puerta de otro, sino que los otros son los que asedian a la tuya! Sin embargo, te muestras duro e inaccesi-

ble; evitas los encuentros por miedo a verte obligado a soltar de tu mano una pequeña parte. Sólo conoces una palabra: no tengo nada; no daré nada; también yo soy pobre... Pobre, en efecto, y desprovisto de todo; pobre de humanidad, pobre de fe en Dios, pobre de esperanza en lo eterno.

Así Basilio ponía frente a este apetito de los bienes terrenales el pensamiento en los destinos futuros.

Quiero que concedas un tiempo de descanso a tu trabajo de iniquidad; que dejes a tu espíritu el tiempo para reflexionar. ¿A qué tiende toda esta actividad? Tienes tanto terreno laborable y tanto consagrado a plantaciones; posees montañas, llanuras, bosques, ríos y prados. ¿Como si al final de todo esto no te esperara en total tres codos de tierra! ¿No bastarán algunas piedras para guardar tu pobre carne? ¿Para qué tanta fatiga y tanta injusticia? ¿Para qué cargar tus manos con una cosecha inútil? Y pluguiera a Dios que fuera una cosecha inútil y no una cosecha de fuego eterno.

¿No pones nunca ante tus ojos el juicio ante Cristo? ¿Qué defensa será la tuya cuando, reunidas en círculo ante ti tus víctimas, te acusen ante el justo Juez? ¿Qué hacer? ¿Qué testigos invocar? ¿Cómo seducir a un Juez incorruptible? Nada de retórica; nada de palabras insinuantes propias para hacer cambiar a la verdad; nada de palabras lisonjeras; nada de riqueza; nada de fastuosas dignidades. Solo, sin amigos, sin protectores, sin defensa, caerás en confusión... Por cualquier lado que tus miradas se dirijan no verás más que la imagen de tus crímenes: aquí las lágrimas del huérfano, allá los gemidos de la viuda, los pobres que has maltratado, los esclavos que has castigado, los vecinos que has encolerizado. Todo esto se levantará contra ti; el coro de tus malas acciones te rodeará por todas partes. Los pecados van siempre con el alma como la sombra con el cuerpo.

En esta vida presente la riqueza carece de valor. Basilio no teme añadir a las verdades de la fe este refuerzo de consideración natural, del que la filosofía pagana ya sabía sacar partido.

Considera bien, ¡oh hombre!, la naturaleza de la riqueza. ¿Por qué esta admiración por el oro? El oro no es más que una piedra, una piedra también la plata, una piedra la perla, una piedra cada una de las piedras... He aquí las flores de la riqueza. Esto es lo que encierras atento a llenar de tinieblas el brillo de tus piedras, mientras enseñas otras para vanagloriarte con su precioso brillo. ¿Para qué, me pregunto, pasear una mano llena de piedras? ¿No te da vergüenza estimar los guijarros como las mujeres encinta? ¿Qué presuntuoso, sin embargo, ha podido prolongar su vida un solo día? ¿Quién ha sido respetado por la muerte a causa de su fortuna? ¿Quién ha sabido vencer una enfermedad a fuerza de dinero? ¿Hasta cuándo buscarás el oro, cepo de las almas, anzuelo de la muerte, fomento del pecado? (2).

Parejamente ilusiona la pretendida necesidad de la riqueza.

¿Para qué el oro? ¿Para llevar trajes lujosos? Una túnica de dos codos te bastará y un manto echado sobre las espaldas responderá a todas las necesidades de tu indumento. ¿Desearás la riqueza para la mesa? Un solo pan es suficiente para llenarte el estómago. ¿Deseas la gloria que asegura la fortuna? Si no buscas la gloria de aquí abajo, encontrarás la verdadera, aquella que conduce al reino de los cielos. Entonces, ¿el hecho de poseer la riqueza es bueno por sí mismo y evita que desaparezca algo provechoso para ti? Todos saben que nada hay tan insensto como el amor a las cosas inútiles. Lo que voy a decir te parecerá quizás paradójico, pero es la verdad misma. Las riquezas repartidas como Dios quiere están con nosotros cuando las perdemos. Si las guardas es como si no las tuvieras, y al repartirlas es cuando no las pierdes.

Basilio hace relación de todos los motivos combinados de la naturaleza y de la gracia para hacer a los ricos comprender su deber.

III. Abuso de la riqueza

Es inevitable que la afición a la riqueza no exista sin un cortejo de vicios que la hacen aún más odiosa y más criminal. Basilio no

deja de perseguir la causa hasta sus efectos. Entre los defectos que acompañan a la riqueza señala la avaricia propiamente dicha, caracterizada por la obsesión del oro.

Todo te parece oro: el oro obsesiona tu imaginación, sueñas por la noche y piensas por el día. Aquellos a quien el delirio turba el espíritu no ven los seres reales, sino que se alucinan con el objeto de su pasión. Así tu alma, poseída por la avaricia, no ve más que plata y oro por todos sitios. Prefieres ver el oro a ver el sol. Deseas que todo se cambie en oro y trabajas para ello en la medida de tus fuerzas. ¿Qué no harás tú, en efecto, por tener oro? El trigo se convierte para ti en oro, el vino se hace oro, la lana se convierte en oro, todo comercio, toda industria conduce al oro. Mejor dicho, el oro se reproduce él mismo y se multiplica por el juego de los intereses. Sin embargo, tu saciedad no llega y tu pasión no tiene fin. Dejamos ordinariamente a los niños glotones saciarse con lo que les gusta porque el mismo exceso de la saciedad engendra en ellos el desagrado. No sucede lo mismo con el avaro: cuanto más se llena más desea llenarse (3).

¿Cuál puede ser el uso de una fortuna así amasada? Para algunos es un vergonzoso lujo.

Para alimentarse o para verstirse no es para lo que tanto se codicia la riqueza. El demonio la aprovecha para proporcionar a los ricos innumerables ocasiones de pecado. Acaban por considerar como necesarias cosas vanas y superfluas y nada les basta para satisfacer las creaciones de su codicia... Este —dicen— es el dinero que hay que gastar, éste es el que hay que reservar. Para el que debe servir pasa los límites de lo necesario; esta cantidad es para la abundancia del interior, aquélla para la pompa del exterior; esto para costear copiosamente mis viajes, otra para asegurarme larga y brillante vida en mi casa. Estoy asombrado de las cosas superfluas que se imaginan. Carros sin número, unos para los bagajes, otros para las personas, todos llenos de bronce y plata. Innumerables caballos cuya genealogía acusa, como en los hombres, una nobleza raza. Unos pasean a nuestros livianos por la ciudad, otros sirven para la caza, otros para los viajes. Bridas, monturas y colleras: todo es de plata y está incrustado con oro;

tapices de púrpura ornan a los animales como a esposos. Ved un grupo de mulos agrupados según sus colores, conducidos por caballerizos, puestos unos a la cabeza y otros detrás. Los otros sirvientes forman un innumerable ejército propio para hacer resaltar la magnificencia de su dueño. Apoderados, cajeros, granjeros, obreros de todas clases, indispensables o puramente por lujo: cocineros, panaderos, coperos, cazadores, alfareros, pintores... Tropeles de camellos, destinados unos al transporte, otros a la recría; caballos, bueyes, ovejas y puercos con sus pastores. Campos suficientes para alimentar todo este ganado y aumentar todavía la riqueza del propietario para sus descendientes. Baños en la ciudad, baños en el campo; palacios resplandecientes de mármoles variados; habitación cálida para el invierno, villa fresca para el verano: pavimentos de mosaico, techos incrustados de oro...

A lo que viene a añadirse el lujo del vestido en las mujeres.

Doble es el mal si tu mujer ama también el dinero. Pues ella inflamará en ti aún más el amor al placer y aguijoneará en ti la necesidad de satisfacciones superfluas. Sueña con piedras, perlas y esmeraldas y necesita oro, sea para sus joyas o para el tejido de sus ropas... Sus exigencias continuas no dejan respirar al pobre marido. No hay fortuna capaz de satisfacer los deseos de una mujer cuando se desbordan como las aguas del río. ¿No piden el ungüento de Berbería como el aceite que se compra en el mercado? ¿Y no necesita los corales del mar en más abundancia que la lana de las ovejas? Piezas de oro ensartadas con piedras de gran precio ornan su frente o su garganta; tiene además otras en la cintura y en las manos y en los pies. Pues las mujeres que aman el lujo se complacen en ir esposadas siempre que las cadenas sean de oro.

Sin embargo, estos locos despilfarros no son menos punibles que la acumulación de capital.

El dinero que se salva de estas mil sangrías se le hunde en tierra y se le conserva en parajes cerrados. Pues como el porvenir es incierto, es necesario prevenirse contra la sorpresa de desgracias imprevistas. Sí; no estás seguro que llegues a tener necesidad del

oro así encerrado, pero sí es seguro el crimen de tu inhumanidad. Cuando no has podido, después de mil invenciones, despilfarrar enteramente tu oro, lo has enterrado bajo el suelo. Insigne locura la de cavar la tierra cuando está en la mina, y una vez sacado a la luz hundirlo nuevamente en el suelo. Al hundir la riqueza, entieerras igualmente tu corazón.

Estos acaparamientos no se verifican sin gran turbación de alma y a menudo con verdadero detrimento de la justicia.

Tú te llamas pobre y yo lo creo. Es pobre, en efecto, el que tiene muchas necesidades, y vuestra pasión insaciable os crea toda clase de indigencias. Cuando tienes diez talentos estás deseando reunir otros diez; cuando tienes veinte deseas encontrar otro tanto, y este crecimiento, en lugar de calmar tu deseo, espolea tu apetito. La proximidad del vino es para los borrachos una tentación para beber; lo mismo sucede a los nuevos ricos: cuanto más poseen más quieren poseer. No se regocijan tanto con los bienes presentes como se entristecen de los que aún no tienen..., cuando debieran mostrarse dichosos y reconocidos de ser más afortunados que tantos otros, se impacientan y se entristecen porque les aventajan uno o dos más ricos. Son tan ricos como éste y se esfuerzan en igualar a otro más rico todavía.

“¡Ay de los que juntan casa con casa y allegan heredad con heredad hasta acabar el término!” ¿Y tú qué haces? ¿No tienes mil pretextos para despojar a tu vecino? “Su casa —dices— da sombra a la mía, me tapa, recibe a vagabundos.” Por estos y otros motivos le persigue y no para hasta que ha logrado que se vaya de allí. La mar conoce sus límites; la noche no pasa los que le son fijados. Pero el avaro no respeta tiempos ni conoce sus límites: como un violento incendio, invade y devora todas las cosas (4).

Con tales frutos, ¿no puede juzgarse del árbol que los produce?

IV. Relaciones del rico y del pobre

Sin embargo, el desorden de la riqueza aparece mejor todavía si se observa la conducta del rico respecto al pobre.

¿Cómo pondría ante tus ojos los sufrimientos del pobre? Dando una vuelta en su interior se verá que no tiene oro ni lo tendrá nunca. Su vestimenta y su mobiliario son tan pobres como él mismo y sólo valen unos óbolos. ¿Y qué sucede? Que dirige la vista a sus hijos y los conduce al mercado para no morir. Considera este combate entre el hambre y el amor paternal. El hambre le amenaza con una muerte cruel, pero la naturaleza le persuade de que debe morir con sus hijos. Muchas veces tentado y otras tantas vuelto atrás, sucumbe por fin bajo el peso de una implacable necesidad.

Cómo deliberará este padre infortunado. ¿Cuál será primero? ¿Cuál encontrará mejor el comerciante? ¿Será el primogénito? Pero respeta su derecho de primogenitura. ¿Será el más pequeño? Pero inspira piedad su edad, que aún no experimenta el sentimiento de la miseria. Este reproduce a la perfección el rostro de sus padres, aquél está muy bien dotado para el estudio. Cruel incertidumbre. ¿Qué hacer? ¿Sobre quién recaer la sentencia? ¿Cómo desobedecer a la naturaleza? Y si se retienen todos, todos morirán de hambre. ¿Con qué cara miraré a los otros si vendo uno, después de haberles enseñado el camino de la traición? ¿Cómo sentarse a una mesa cuya abundancia será debida a tal motivo? Después de muchas lágrimas vende al más querido de sus hijos.

A pesar de todo no te dejas conmover, y no tienes en cuenta la naturaleza. El hambre se ha apoderado de este desgraciado, y tú dudas y tardas prolongando su desgracia. Te ofrece sus entrañas para pagar su alimento, y no sólo tu mano no se paraliza ante el precio de tal infortunio, sino que regateas el precio y no buscas sino recibir mucho para dar poco.

Tales excesos debían ser raros. Pero aun en grado menor, el rico que abandona al pobre da motivo de escándalo.

¿Qué dirás tú al (soberano) juez por vestir las paredes de tu casa y no vestir a tu semejante? Ornamentas a los caballos y no tienes una mirada para tu hermano necesitado. Dejas pudrir tu trigo antes de darlo a los que tienen hambre.

Basilio no teme hablar de injusticia.

¿A quién perjudico —dices— guardando lo que es mío? Dime qué es lo que es tuyo. ¿De quién lo has recibido? Es como uno que después de haber tomado un lugar en el teatro rechazara a los concurrentes y quisiera adueñarse de lo que está para el uso de todos. Así hacen los ricos: porque son los primeros ocupantes de un bien común, se creen en derecho de apropiársele. Si cada uno se contentara con lo necesario y dejara a los indigentes lo superfluo, no habría ni ricos ni pobres. ¿No saliste desnudo del seno de tu madre? ¿No volverás a la tierra igualmente desnudo? ¿De quién te proceden los bienes presentes? Si dices del azar, eres un impío que no reconoces al Creador y no agradeces sus beneficios. Si dices que son de Dios, dime por qué razón los recibiste. ¿Es Dios injusto y nos reparte desigualmente las cosas necesarias a la vida? ¿Por qué estás en la abundancia y aquél en la miseria? Tú que vuelcas tus cosas en el pozo sin fondo de tu avaricia, ¿crees no hacer daño a nadie aunque desnudas a un gran número de tus semejantes?

¿Qué es un avaro? El que no se contenta con lo necesario. ¿Qué es un explotador? El que se apodera del bien de los demás. ¿No eres tú un avaro y un explotador? El que despoja de su ropa a un hombre vestido se llama ladrón. El que no viste a un hombre desnudo cuando puede hacerlo, ¿merece otro nombre? El pan que guardas pertenece al pobre; la capa que guardas es del andrajoso; el calzado que dejas pudrirse es del descalzo; el dinero que guardas es de los necesitados. Por lo tanto, cometes tantas injusticias como hombres hay a los que podrías socorrer.

Estas fuertes palabras han causado impresión a los modernos comentaristas de San Basilio, algunos de los cuales han querido disculparlo de su proximidad al socialismo. El obispo de Cesárea no hace más que anunciar una vez más con el relieve que precisa la visión de la silla episcopal la doctrina cristiana sobre el papel providencial de la riqueza, y su intención no es la de revolver el régimen de propiedad, sino el de llevar a los ricos a la conciencia de su deber.

NOTAS

- (1) *Hom.* VI y VII. -P. G., t. XXXI; col. 261-304. Este tema era ya clásico entre los filósofos: Basilio les copia varios rasgos. Véase Aug. Dirking: *S. Basilii de divitiis et paupertate sententiae*, Munich, 1911.
- (2) *Hom.* VI, 1-2; *ibíd.*, col. 261-265.
- (3) *Hom.* VII, 6-7; *ibíd.*, col. 296-297.
- (4) *Hom.* VI, 4-5; *ibíd.*, col. 269.
- (5) *Hom.* VII, 2-5; *ibíd.*, col. 284-293.

CAPITULO III

El deber de la limosna

Contra un mal tan enérgicamente perjudicial, Basilio no señala más que un remedio: la caridad, de la que la limosna es la forma típica. No pierde una ocasión de inculcar aquélla. En la economía especulativa de la vida cristiana, este punto le parece, lo mismo que al apóstol, «la ley de Cristo» por excelencia; desde el punto de vista práctico no conoce más importante deber ni de mayor necesidad para la sociedad.

I. Motivos de la limosna

Diversos motivos fundan la ley de la caridad. Como para batir el egoísmo en su propio terreno, Basilio hace, ante todo, apelación al sentimiento del interés.

Imita a la tierra, oh hombre; fructifica como ella, para no convertirte en un ser inanimado. Ella, sin embargo, no da frutos por su propia conveniencia, sino para tu servicio. Para ti, por el contrario, los frutos de tus buenas obras se acumulan en tu provecho, porque la gracia de las buenas obras recae sobre quien las ha hecho. Has socorrido al hambriento, y lo que tú le has dado lo sigues poseyendo aumentado. Cuando el trigo cae en la tierra, aprovecha a quien lo ha echado: así el pan que has dado a un

pobre te reportará un día gran riqueza. Haz, pues, de tu cosecha el principio de la celeste semilla... y si estás cargado por el honor que la riqueza arrastra tras ella, considera cuánto más glorioso es oírse llamar el padre de numerosos hijos, que el tener en las cajas piezas de oro innumerables. De buen o mal grado, dejarás tu fortuna aquí abajo; por el contrario, la gloria de tus buenas obras te seguirá al lado del Señor (1).

La atracción de la recompensa está fortificada por el temor al castigo. Después de haber descrito el honor del hambre en los pobres, Basilio continúa dirigiéndose al rico indiferente.

¿De qué suplicios no será digno aquel que no le mueva tanta miseria? ¿Qué le falta para alcanzar la cumbre de la crueldad? ¿Cómo no merecería ser contado entre el número de las bestias y ser tenido por criminal y asesino? El que puede poner remedio al mal y no lo hace voluntariamente y por avaricia, merece ser condenado igual que los homicidas... Por esto, en el juicio final, cuando el juez llame a los justos, pondrá en primer lugar los que fueron caritativos... Y por el contrario, el egoísta y avaro será enviado al fuego antes que los otros pecadores.

Y nuestro moralista dice primeramente, con una implacable precisión de exégesis: «No se trata de acusar al que se cuida del bien de otros, sino de condenar al que carece de caridad». Tales sanciones, sin embargo, no se pueden comprender sino por una ley profunda del orden natural y cristiano.

Pues que somos razonables, no nos mostremos más crueles que los animales sin razón. Las producciones naturales del cielo son gozadas, por así decirlo, en común. Manadas de ovejas apacientan sobre una única montaña; numerosos caballos se nutren en un mismo prado... Nosotros, por el contrario, no queremos los bienes comunes, y deseamos poseer nosotros solos lo que es de todos. La filantropía de los paganos nos cubre de confusión. Entre algunos de ellos, la beneficencia llega a la comunidad en la mesa y en los alimentos, y hace de una numerosa multitud casi una sola familia. Pero dejemos esto, que es de fuera, para fijarnos en el ejemplo de los tres mil (convertidos de Jerusalén), e imitar

la conducta de esta primera cristiandad. Todo lo tenían en común: vida, alma, corazón, mesa; era una fraternidad indivisible, una caridad sincera, que de numerosos cuerpos hacia un único todo que agrupaba almas diferentes en la unidad de una perfecta armonía.

Una arrebatadora alegoría conduce de nuevo a las almas a las perspectivas de la eternidad.

Figúrate que tienes dos hijas: la prosperidad presente y la vida eterna. Si no quieres dárselo todo a la más sabia, por lo menos repártelo todo equitativamente entre la desvergonzada y la casta. Cuando necesariamente comparezcas ante Cristo, tu juez, guárdate de presentar a la primera rica en exceso y por el contrario, desnuda y andrajosa a la otra, a la que precisamente puede llevar el nombre de esposa y aspirar a la herencia celestial. No debe, pues, conducir el esposo una mujer fea y sin ornamento, porque éste, al contemplarla, no la tome aversión, y por ella rehúse la unión. Dale, por el contrario, la compostura conveniente y consérvale bella para el día de las nupcias, a fin de que pueda encender su lámpara con las vírgenes prudentes (2).

Esta lección conviene principalmente a los ricos. El caso del joven del Evangelio, que se deja apresar por sus bienes, es objeto de este vigoroso comentario.

Si como dices no has asesinado, ni cometido adulterio, ni robado, ni dicho falsos testimonios, haces inútil todos estos esfuerzos no practicando el único que te daría la entrada en el reino... Manifiestamente, tú estás lejos de este precepto (de caridad), y estás equivocado cuando crees amar a tu prójimo como a ti mismo... Si es cierto, como dices, que has guardado la ley de caridad desde tu infancia, y que, por lo tanto, has hecho por los otros como por ti mismo, ¿de dónde te proviene esta abundancia de riqueza? La necesidad de los pobres agota las fuentes... De manera que el que ama a su prójimo no posee nada de más que su prójimo, pero tú tienes una gran fortuna. ¿Cómo te explicas esto si dices que no has dejado pasar tu interés personal por encima del de los otros? Cuanto más abundante sea tu riqueza, tanto más deficiente será tu caridad.

... Conozco muchos que ayunan, rezan, praeactican todas las obras de piedad que no interesan a la bolsa, pero que no dan un solo óbolo a los desgraciados. ¿Para qué todos aquellos méritos? El reino de los cielos les permanecerá cerrado... Cada vez que entro en casa de uno de estos ricos insensatos y la veo resplandecer con toda clase de lujos, comprendo que nada hay para él tan precioso como los bienes visibles, que orna placentero los objetos inanimados, porque descuida el alma. ¿Qué provecho te producen estas camas y estos asientos de marfil? ¿Por qué no lo vendes para los pobres, cuya multitud asedia tu puerta con gritos de miseria?

La ley de la caridad concierne también a los pobres.

¿Tú eres pobre?; pero los hay más pobres que tú. Has tenido qué comer durante veinte días, y otros solamente uno. Sé bueno y generoso, parte lo que te sobre con ese desgraciado. No temas dar lo poco que tienes, no pongas tu interés por encima del peligro común. Si sólo tienes un pan por todo alimento, y un mendigo golpea tu puerta, sácalo de la despensa y elévalo con tus manos al cielo a la par que pronuncias estas palabras de bondad: “Sólo tengo este pan, Señor, y me amenaza el hambre, pero obedezco tu mandato, y de lo poco que tengo doy a mi hermano hambriento”. Si hablas de esta manera, el pan de tu indigencia será el germen de una cosecha y producirá frutos abundantes.

Sin duda, el egoísmo ha existido en todos los tiempos, pero también siempre el cristianismo lo ha combatido con la caridad. Se ve que San Basilio no estuvo menos dispuesto a transigir con esta obligación.

II. Objeciones y escapatorias

¿Quién puede decir hasta qué punto es fértil en pretextos la cobardía humana? El obispo de Cesarea los disipa sin embarazo.

¿Cómo viviremos si nos despojamos de todo? ¿Cuál sería el aspecto del mundo si cada uno se desprendiera de lo que posee,

abandonándolo? El legislador es capaz de armonizar con la ley hasta lo que parece imposible. Tu corazón está puesto a prueba como una balanza para ver si pesará del lado de la verdad o del lado del placer inmediato. La riqueza es un bien a administrar, no una fuente de goces; así debe juzgarla toda conciencia sana. El que de ella es despojado, debe, pues, más bien regocijarse de verse libre de un depósito que entristecerse como si perdiera su propio bien.

Otros alegan imposibilidad material.

Te retraes de dar, porque dices que no puedes acudir a todas las peticiones. Y mientras la lengua jura tu mano te condena; el anillo que brilla en tu dedo proclama silenciosamente tu mentira. ¿Cuántas deudas podría satisfacer una sola de esas sortijas? ¿Cuántas casas en ruina levantar? La ropa de uno solo de tus armarios bastaría para vestir a todo un pueblo de miserables. Y, sin embargo, toleras que se despidan un pobre con las manos vacías... Tú no has tenido misericordia... de ti no se tendrá misericordia; no has abierto tu casa, serás igualmente excluido del reino; no has dado pan, no recibirás la vida eterna.

¿No es necesario pensar en la familia?

Tengo necesidad de mi dinero —dices— para mis hijos. Especial pretexto de avaricia; pones por delante a tu familia para mejor satisfacer tu instinto. No culpes a un inocente que tiene maestro y protector; ha recibido la vida de otro; recibirá igualmente los medios de vida. ¿No existe el Evangelio para los casados? Cuando pedías una hermosa familia y deseabas ser padre, ¿decías: “Dadme hijos para que viole tus preceptos”? ¿Y quién responde de que tu hijo usará como es debido de lo que quieres darle? Tu alma, que vive en ti, ¿no está más próxima que la de cualquiera de tus hijos? ¿No está más unida a ti que todo lo demás? Puesto que es la primera, dale la mejor parte de tu herencia, enriquecéla con amplios subsidios; después piensa en tus hijos. A menudo se ha visto a hijos de padres pobres crearse una situación. Pero si descuidas tu alma, ¿quién tendrá piedad de ella?

Los célibes alegan sus necesidades personales.

Así, pues, ¿el Señor no es tu maestro ni el Evangelio es tu guía? Tú mismo te trazas el camino. Mientras el Señor nos ha recomendado la limosna como necesaria, tú no haces ni más ni menos que proclamarte más sabio que el legislador divino.

Otros tienen para el pobre una incorregible dureza.

Un mendigo que el hambre impide hasta hablar se presenta ante nosotros. Tiene la misma naturaleza que nosotros y pasamos junto a él deprisa como si temiéramos al aproximarnos contraer su miseria. Si la vergüenza de su mal le hace bajar los ojos, lo acusamos de hipócrita. Si, por el contrario, pinchado por el aguijón del hambre nos mira abiertamente, le reprochamos su insolencia. Y si se presenta convenientemente arreglado porque alguien le ha dado ropa, lo condenamos como insaciable y decimos que es un farsante. Si va con miserables guiñapos lo rechazamos por sucio. Mezcla el nombre de Dios en sus ruegos; nos desea que su mala fortuna no nos aprese; nada hace estremecer nuestro corazón sin piedad. Por esto yo temo mucho que tengáis en el Infierno una pena más grave que la que corresponde a un mal rico.

Es posible que un casuista pusiera más variaciones en estas soluciones; pero nuestro moralista deja para otros los escrúpulos del teórico para lanzarse en el camino como educador de almas y como enderezador de entuertos. ¿Quién podría reprocharle el no haber sido blando en las escapatorias ni inclinado a las excusas?

III. El momento de la limosna

Lo mismo que no admite excusas, Basilio no tolera plazos. Inflexible sobre la ley, no consiente en demorar su vencimiento.

Daré a los indigentes cuando haya llenado mi nuevo granero. Te has atribuido un largo plazo de vida. Cuida de que el día fatal no desvanezca tus cálculos. Tu promesa, en efecto, no es una prueba de bondad, sino de malicia. Tú no prometes para dar en

seguida, sino solamente para alargar el plazo. ¿Qué te impide darlo ahora? ¿No tienes ahí a un pobre? ¿No están llenos tus graneros? ¿No está presta la recompensa y no es por ventura formal el precepto? Tienes ante ti un hambriento que desfallece, un andrajoso que tiritita, un deudor acuciado que se ahorca y dejas tu limosna para mañana (3).

Menos aún que a larguezas tardías, puede uno limitarse a generosidades póstumas.

Quiero gozar de mis bienes durante toda mi vida y a mi muerte haré a los pobres los herederos de mi fortuna; por testamento solemne los declararé únicos dueños de mis haberes. En suma, que serás humano cuando ya no estés entre los hombres: cuando estés muerto es cuando se dirá que tu alma ama a tus hermanos. Se te deberá reconocimiento cuando convertido en polvo te hayas mostrado generoso y magnífico en tu largueza. Te ruego que me digas por qué época pedirás recompensa, si por la de tu vida o por la de después de muerto. En tu vida, llena de placeres y de delicias, no soportabas siquiera la vista de los pobres. Pero un muerto, ¿qué hace? ¿Qué recompensa merece por su trabajo? Muestra tus obras para reclamar tu salario. No se hacen trabajos con el taller cerrado; el que llega después de la batalla no es coronado; después de la guerra es muy tarde para adquirir el título de valiente. Después de esta vida ya no hay plazo para las obras de piedad.

Nada más aleatorio que estas caridades in extremis.

Te propones hacer buenas obras con ayuda de la pluma y el papel. ¿Pero quién te anunciará la hora de tu marcha? ¿Quién te garantiza el género de muerte? ¡Cuántos han muerto por accidente sin que el mal les haya dejado ni el don de palabra! ¿Por qué aguardar al momento en que probablemente no serás dueño de tus ideas? La noche es profunda, la enfermedad grave y nadie hay que te ayude. Pero el que espera tu sucesión se prepara a emplear tu plata como quiera y a dar al traste con tus proyectos. Volverás tus ojos aquí y allí, y al ver la soledad que te rodea comprenderás entonces tu locura. Entonces llorarás el haber retardado el cumplimiento del precepto hasta el momento en que la

lengua se paraliza y la mano tiembla desfalleciendo de tal manera, que ni de viva voz ni por escrito podrás significar tus intenciones. Y aunque todas las cosas estuvieran claramente escritas y todas las palabras claramente enunciadas, la interpretación de una sola letra bastaría para transformar tu pensamiento.

La falsificación de un sello puede ser suficiente para traspasar a otros toda tu herencia. ¿Por qué, pues, empleas la riqueza en tu placer y prometes para el porvenir lo que no podrás quizás ser? Es un mal plan el de decir: toda la vida disfrutaré y al morir cumpliré con el precepto divino... Durante la vida te has puesto por encima del precepto, y después de tu muerte y desintegración prefieres el precepto a tus enemigos. Para que este hombre no disfrute mis bienes se los dejo al Señor. ¿Cómo llamaremos a esto? ¿Venganza de los enemigos o amor al prójimo? Lee tu testamento; querrías vivir y gozar de tus bienes; gracias sean dadas, pues, a la muerte, pero no a ti. Si fueras inmortal nunca hubieras pensado en la ley de caridad. *No os equivoquéis, a Dios no se le engaña (Gal. VII, 7)*. Si algo te sobra al terminar tu vida se lo ofreces a tu bienhechor. ¿Osarías recibir a huéspedes ilustres con las sobras de tu comida? ¿Cómo te atreves, pues, a ofrecer a Dios tus sobras? (4).

Basilio no quiere que se dé sin discernimiento. Apóstol cuando se trata de predicar el deber de la limosna, se hace para reglamentar su aplicación hombre de orden y observador avisado.

“*Da a quien te pide*” (Mat., V, 42). Estas palabras nos invitan a la caridad y al amor mutuo: lo que es un deber de naturaleza. El hombre, en efecto, es un animal social. Pero en la vida social, por razón de la solidaridad que nos une, la limosna es necesaria para socorrer al indigente. La solidaridad te pide que seas sencillo y generoso con los que te imploran; pero también que sepas discernir juiciosamente las necesidades de los demandantes. En efecto, la mendicidad, cuando no quiere contentarse con lo necesario, se convierte en un comercio y en una ocasión de placer desordenado. Aquellos que plañen lúgubrementemente para hacer sensación en las mujeres, los que exhiben miembros mutilados o úlceras para sacar de ello beneficio, una limosna abundante les es completamente inútil. Esta misma largueza sería para ellos un motivo de pecado. Debemos librarnos de su asedio con una módica limosna

y reservar la simpatía para los que han sabido soportar con paciencia sus desgracias (5).

Basta decir que el obispo de Cesarea, por penetrado que esté de lo ideal, no deja de estar atento a las contingencias de lo real. Aun al tratarse de la limosna, la sabiduría y la razón no pierden sus derechos.

NOTAS

- (1) *Hom.* VI, 3; col. 265.
- (2) *Hom.* VIII, 8; col. 325-328.
- (3) *Hom.*, XXI, 8; col. 556.
- (4) *Hom.* VII, 8-9; col. 300-304.
- (5) *Hom.* I in Ps. XIV, 6. -P. G., t. XXIX; col. 261-264.

CAPITULO IV

El azote de la usura

Uno de los casos de conciencia más espinosos que lleva consigo el manejo de la riqueza es el de hacer productivo el dinero que se posee. Las disertaciones sobre el préstamo con interés estuvieron mucho tiempo a la orden del día. Pero, sobre todo, en la edad antigua la usura tomó las proporciones de una verdadera plaga social. Así inquietaba a los legisladores y preocupaba continuamente a los filósofos (1). Basilio la combatió vigorosamente. La traducción de la homilía que le consagra (2) será el mejor medio de mostrar la naturaleza del mal y la actitud de los moralistas cristianos respecto a ella.

I. Tesis general

Se puede separar una primera parte en que el orador insiste sobre el desorden de la usura y sus consecuencias.

Al describir al hombre perfecto que debe alcanzar las alturas de la vida perfecta, el Salmista ha puesto entre sus buenas acciones el hecho de no haber prestado con usura su dinero (Ps. XIV, 5). Este pecado es condenado en muchos lugares de las Escrituras... Es, en efecto, el colmo de lo inhumano que cuando un hombre que carece de lo necesario quiere que le prestemos para soste-

ner su vida, en lugar de contentarnos con el capital explotemos la miseria del pobre para aumentar nuestra propia riqueza.

El Señor nos ha dejado su orden formal: “Al que te pide dale, y no tuerzas tu rostro al que pretenda de ti un préstamo”. He aquí, un hombre se pone de rodillas ante otro suplicándole con palabras y actitudes llenas de humildad, pero el avaro no se conmueve de esta necesidad inmerecida, no tiene en cuenta la naturaleza, no deja convencerse por los ruegos, sino que permanece insensible e implacable. En vez de ceder ante las súplicas y lágrimas, deniega obstinadamente. Jura e impreca que no tiene dinero; a su vez está buscando quien le preste a él. Para sostener su mentira recurre al juramento y une a su impiedad inhumana el criminal acto del perjurio. Pero en cuanto el menesteroso nombra los intereses y habla de las hipotecas, inclina la cabeza con una sonrisa; se acuerda de la amistad que tenía su padre; le llama camarada y amigo. “Vamos a ver —dice— si me queda un poco de dinero para esto. Justamente tengo una suma que un amigo me ha confiado. Pero me pide un crecido interés”. Pura invención para engañar al necesitado. Y se retira cuando ha obtenido de él un crecido interés y además de la pobreza que le abrumba tendrá que entregarle su libertad. Al someterse a un interés usurario que no es capaz de pagar el pobre deudor contrae una servidumbre voluntaria con su vida. Así, pues, exiges tú beneficio y dinero a un pobre sin recursos. Si pudiera enriquecerse ¿habría llegado a tu puerta? Buscaba un socorro, pedía un remedio, y ha encontrado un veneno. Era tu deber socorrer su miseria, y aumentas su pobreza y su angustia. Como si un médico en lugar de devolver a los enfermos la salud les robara, por el contrario, las pocas fuerzas que les quedaran. Los campesinos desean la lluvia para que fecunde sus sementeras, y como ellos deseas tú la ruina y penuria de los otros, porque ello te reporta dinero. ¿No sabes que con este beneficio usurario aumentas aún más tu pecado que tu capital? El que pide está excitado; cuando mira su desnudez, desespera de poderte pagar; pero la vista de la miseria apremiante le hace aventurarse al préstamo. Así, uno cede vencido por la necesidad, y el otro se queda con la garantía del triunfo.

El que ha recibido el dinero está primeramente muy alegre; embriagado con esta extraña flor, está suspenso con el cambio de su existencia... Pero la riqueza se agota, y el tiempo, que avanza,

(2) *Hom. II in Ps. XIV.* -P. G., t. XXIX: col. 263 y 280.

(1) Plutarco tiene un tratado sobre el préstamo en el que Basilio se ha inspirado grandemente.

NOTAS

El buen sentido y la conciencia cristiana se unen para condenar la usura. Pero a estas condiciones morales se une una teoría de economía sobre la infecundidad del dinero, que ha dominado a todo el pensamiento antiguo sobre este grave asunto.

Entonces las noches no le proporcionan reposo, el día no es más alegre que la noche ni el sol mejor que la tiniebla; aborrece la vida, y cuenta los días que le quedan para la extinción del pago. Si duerme ve a su acreedor a la cabecera. Cuando despiertha no tiene otro pensamiento que el del interés. "El pobre y el usurero se encontraron: Jehová alumbró los ojos de ambos". El usurero se lanza como un perro sobre su presa; aquél, como una pieza que va a ser cogida, siente horror por el encuentro. Su pobreza lo acobarda. Los dos tienen los mismos cálculos; uno se regocija con el aumento de su capital, mientras que el otro se entristece con el aumento de su miseria.